

## **El Editorial**

### **El futuro de la humanidad está en juego: democracia, inteligencia artificial y la urgencia de actuar cuanto antes**

Por: Nelson Morales

La pérdida de la democracia venezolana y el vertiginoso avance de la inteligencia artificial han suscitado en mí una gran inquietud, pues ello está trastocando mi vida cotidiana. Estos dos fenómenos, aparentemente dispares, convergen en un punto: la transformación radical de nuestras sociedades y la incertidumbre sobre nuestro futuro. Es por lo que me siento motivado a editorializar sobre estas cuestiones y a compartir mis reflexiones con los lectores.

La democracia ha logrado garantizar la libertad y los derechos de millones de personas. No obstante, este sistema está atravesando uno de los momentos más difíciles de su historia. Por otra parte, la inteligencia artificial, una herramienta excepcional, ha comenzado a impactar de una manera incontenible: puede ayudar a fortalecer la convivencia humana o desequilibrarla. Las tendencias recientes exigen reflexionar seriamente sobre este dilema y considerar las acciones que podrían salvar nuestras sociedades de amenazas que alterarían irreversiblemente el panorama global.

En muchas partes del mundo la democracia está retroceso. Desde populismos polarizantes hasta regímenes autoritarios que disfrazan el control bajo el supuesto de elecciones. Lo cierto es que los valores fundamentales del empoderamiento ciudadano están en degradación. Hay casos reveladores en América Latina: Cuba, Nicaragua y Venezuela son exponentes de esta situación. La creciente desigualdad social se está convirtiendo en un factor detonante, con una polarización que debilita el diálogo, incluso en las democracias avanzadas del mundo, como Estados Unidos e India. Ahora, las desigualdades avanzan a un ritmo sin precedentes en áreas que anteriormente gozaban de relativa estabilidad social. Contribuyendo a este dramático panorama está el aumento de la desinformación. Las redes sociales, impulsadas por algoritmos de inteligencia artificial, alimentan estas divisiones, menoscabando la confianza en los sistemas electorales e instituciones. Además, esta misma tecnología, sin la regulación adecuada, magnifica los discursos de odio e incita la radicalización masiva, debilitando aún más los fundamentos de la democracia.

Al mismo tiempo, la inteligencia artificial podría convertirse en un arma de doble filo. En áreas como la medicina y la educación, ha demostrado hasta ahora ser muy positiva; sin embargo, en las manos equivocadas, plantea serios peligros. En el caso de regímenes autoritarios, por ejemplo, la vigilancia masiva basada en inteligencia artificial se convierte en un arma de represión y control social. Informes de la Unión Europea y Freedom House enfatizan que estas herramientas vulneran la privacidad y facilitan la manipulación de las poblaciones. No existe una regulación ética internacional que prevenga el uso de la inteligencia artificial en cuanto a preservar o prolongar las desigualdades preexistentes y profundizar aún más las divisiones tecnológicas y económicas. La confluencia entre el retroceso democrático y los peligros de la inteligencia artificial es una mezcla explosiva y preocupante. De hecho, a menos que las sociedades logren establecer algún tipo de marco de gobernanza tecnológica, estas aplicaciones podrían servir para afianzar aún más el poder de líderes autoritarios y profundizar las divisiones sociales en democracias frágiles.

Se pueden esbozar dos caminos en este sentido: uno marcado por un control tecnológico más estricto que amenaza las libertades fundamentales, y otro que demanda un esfuerzo para aprovechar el potencial transformador de la inteligencia artificial sin sacrificar los principios democráticos. El reto es grande, pero, paradójicamente, las soluciones están al alcance siempre y cuando haya voluntad. Se necesitan con urgencia regulaciones globales que logren un equilibrio entre la transparencia, la protección de la privacidad y la limitación de los abusos tecnológicos. Esto incluirá reforzar la educación ciudadana y digital, destinada a empoderar a la próxima generación frente a los desafíos del mundo actual altamente interconectado.

Las democracias deben adaptarse a estos tiempos complejos: aprovechar la tecnología como apoyo, en lugar de permitir que esta se convierta en el motor de los cambios. Esto implicará equilibrar la innovación con la ética, la tecnología con la humanidad y el progreso con la equidad. Pero en esta encrucijada, el deber no recae únicamente en el liderazgo político o tecnológico, todos estamos en la misma nave, es una cuestión que nos pertenece a todos. Solo a través de la acción colectiva lograremos que las herramientas recursos del mañana no se conviertan en armas contra el presente. ¿Quién ganará el juego? Debemos actuar ahora mismo para evitar que todos seamos los perdedores. ¿Habrá ganadores?